

Liderazgo en femenino



Lourdes Molinero
Socia Directora de Agathos
www.agathos-management.com



Javier Fernández Aguado
Socio Director
MindValue
<http://es.linkedin.com/pub/javier-fernandez-aguado/12/b6b/869>

Sofía Federica Augusta, más conocida en la Historia como Catalina la Grande, nació en Stettin (actualmente, una importante ciudad portuaria del norte de Polonia) en los albores del mes de mayo del año 1729. Reinaría como emperatriz de todas las rusias desde el año 1762 hasta su fallecimiento, que tuvo lugar el 17 de noviembre de 1796. Ocupó, pues, el mando supremo durante más de tres décadas.

Su padre, Christian Augusto, príncipe de Anhalt-Zerbst, era, en el momento del nacimiento de Catalina, Gobernador de la ciudad por encargo del rey de Prusia. Formada por tutores franceses, como era de rigor en el tiempo a causa de la influencia de la cultura de ese país europeo, era una princesa de segundo orden. Sin embargo, al igual que pasa en casi todos los casos que estamos analizando en esta sección, un suceso aparentemente fortuito la lanzó a un puesto de relevancia.

Sofía fue seleccionada como esposa del zar Pedro de Holstein-Gottorp ya que, por motivos políticos algunos nobles aspiraban a fortalecer la alianza de Rusia y Prusia en detrimento de Austria. El intento fracasó en un primer momento a causa de la desaforada ambición de la madre de la futura

Cuando Nikita Panin, ministro de Asuntos Exteriores, no logró un pacto entre Rusia, Prusia, Suecia y Polonia, fue prontamente sustituido.



Catalina II de Rusia. Tanto deseaba el puesto para su hija que logró ser expulsada del país por la emperatriz Isabel acusada de espionaje. Con todo, las aguas se calmaron y en 1745 culminaba el deseado matrimonio.

Como de la raza le viene al galgo, Sofía no deseaba perder la oportunidad que se le presentaba y puso todos los medios para agradar tanto a su marido como, sobre todo, a los súbditos. Narraría luego en sus memorias que se levantaba por la noche para estudiar ruso y así poder dirigirse lo antes posible a los suyos en ese idioma. El esfuerzo de los madrugones le costó una neumonía, pero logró el objetivo. Y es que para desarrollar liderazgo es precisa siempre una gran fuerza de voluntad. Las cosas –salvo rarísimas excepciones– no suceden por casualidad sino por causalidad... Tuvo también que enfrentarse a los deseos de su progenitor, radicalmente opuesto a la conversión de su hija del luteranismo a la iglesia ortodoxa rusa. La determinación de Sofía culminó en ser bautizada con el nombre de Catalina Alekséyevna. Comenzaba la nueva y anhelada vida.

Al parecer por la incapacidad sexual del duque, la pareja fue distanciándose. Pronto se supo de los amantes que uno y otra habían buscado. Pedro, más interesado en cuestiones musicales, amatorias y de disfrute del ocio (era particularmente adicto al vino borgoñés), no puso particulares dificultades cuando su esposa dio un golpe de Estado en julio de 1762, seis meses después de la muerte de la emperatriz Isabel. El brazo armado del golpe fue Grigori Orlov, el amante del momento.

No duró mucho el depuesto Pedro, pues tres días después del derrocamiento fue asesinado por un hermano del querido de Catalina. Fuese por orden directa o con consentimiento implícito, el mismo fin tendría cualquiera que pudiera aspirar a sustituir a Catalina. Tiempo después, diversos nobles intrigarían para hacer bajar a Catalina del trono, pero los sucesivos intentos acabaron en clamorosos fracasos.

Culta, con gran influencia de los ilustrados franceses, no solo procuró incrementar la grandeza territorial (añadió más de medio millón de kilómetros a su imperio en detrimento de polacos, lituanos y turcos), también mejoró la situación interna con reformas legislativas de calado que permitieran el desarrollo de la industria. Aunque en un primer momento el régimen adoptó un cierto

Catalina la Grande

aire democrático, bien pronto se convirtió en un patente ejemplo de despotismo ilustrado.

Muy expeditiva, cuando algún responsable no alcanzaba los objetivos que ella proponía, pronto se desprendía de él. Así sucedió con Nikita Panin, ministro de Asuntos Exteriores. Al principio de gran peso específico, cuando Panin no logró un pacto entre Rusia, Prusia, Suecia y Polonia, fue prontamente sustituido.

Consciente de la relevancia de mantener una imagen adecuada en Occidente, potenció las relaciones con algunos Estados europeos, y muy particularmente con Gran Bretaña y Francia. No siempre fueron relaciones pacíficas, pero sí puntos de referencia para que ella sintiera que no era una dirigente de un país de periferia, sino que se sintió —así se lo propuso constantemente— una jugadora de primera línea en la primera liga.

Una de las actividades que promovió —al igual que muchos directivos empresariales en nuestros días— fue el mecenazgo. En este tema destacó por encima de cualquiera de los gobernantes rusos anteriores o posteriores, durante muchas décadas. Con el anhelo de ser considerada una reina ilustrada, puso medios para que así le fuese reconocido, comenzando con la auto aplicación del título de “filósofa en el trono”. Lástima que, como en otras muchas ocasiones, sólo se tratase de una careta de su política real, que consistió en incrementar el poder de los terratenientes frente a los indefensos siervos.

Frente a sus fervientes declaraciones de amor a la libertad, llevó muy mal las críticas. Así, cuando Aleksandr Radíshchev publicó en 1790 la obra Viaje de San Petersburgo a Moscú, denunciando la lamentable situación en la que sobrevivían sus súbditos, Catalina lo confinó en Siberia. ¡Un ejemplo más de lo difícil que es para un gobernante mantener la coherencia entre las promesas y los hechos!

Fue Catalina afectivamente inquieta. Al concluir su aventura con Grigori Alexándrovich Potiomkin, seleccionó al



joven Alexander Dmítriev-Mamónov. Y así muchos otros. El último fue el príncipe Zúbov, cuatro décadas más joven que ella. En una manifestación más de la incongruencia de muchos directivos, mientras ella se concedía cualquier tipo de escaqueo, trató con extremo rigor a su hijo Pablo.

Fue sin duda Catalina mujer audaz, de visión estratégica, con capacidad de movilizar voluntades a su servicio, resulta en la consecución de objetivos. Paralelamente, su crueldad, su visión pragmática de la vida, su egoísmo y avaricia, y muchas otras carencias ensombrecen el juicio que sobre su liderazgo puede darse.

El idioma de la auctoritas hay que procurar hablarlo de una manera global, sin limitarse al conocimiento de expresiones. Catalina pronunció con contundencia algunas de las propias de un líder pero careció de otras, también muy relevantes. Entre otras, la sensatez y la ética.

Aprender de lo positivo y soslayar los errores en cualquier ejemplo resulta esencial para ser capaces nosotros de dominar ese lenguaje. ■

PUBLI

PUBLI